

50 años de Stonewall

Intervención de apertura de Gloria Rodríguez

Durante las décadas de los 50 y 60 la mayoría de personas homosexuales vivían, o bien negando su orientación sexual, o bien viviéndola en secreto. Si que existía ya por aquel entonces un movimiento a favor de la libertad sexual, llamado movimiento homófilo, que había surgido después de la II Guerra Mundial. Este movimiento buscaba conseguir la aceptación de la homosexualidad por parte de la **sociedad** mediante la divulgación de conocimiento científico que contrarrestara los prejuicios que se tenían al respecto, así como demostrando que eran personas que se desenvolvían en sociedad igual que el resto, independientemente de a quien elegían como pareja, lo cual es algo que defendían que debía quedarse en el ámbito privado. Entre otras cosas intentaban que se sustituyera la palabra homosexual por la de homófilo, en un intento de desmarcarse del tópico de promiscuidad sexual que se les atribuía. Este movimiento sin embargo fue muy minoritario y tuvo poca repercusión, y la mayoría de homosexuales se decantaba por vivir su sexualidad y su afectividad en la clandestinidad, sin intentar cambiar la sociedad.

Hay que tener en cuenta que las personas LGTB tienen una característica que, en el contexto de la época, se consideraba una ventaja con respecto a otras minorías marginadas, y es que podían pasar desapercibidas. Rosa Parks no podía ocultar que era negra, pero una persona homosexual sí podía ocultar su orientación sexual. Alrededor de esa clandestinidad se desarrolló una subcultura gay, que se desarrollaba principalmente en determinados bares y locales, así como a través de publicaciones que tenían una distribución limitada. En estos espacios se encontraban pequeños resquicios de libertad donde poder expresarse y socializar sin miedo a ser estigmatizados. Sin embargo esta era una libertad muy limitada, ya que quedaba confinada a un ambiente de marginalidad y de gueto, que en ocasiones acababa generando sus propias y enfermizas reglas internas que había que seguir para no ser excluido también de aquella comunidad. Evidentemente no eran unas condiciones adecuadas ni para un desarrollo pleno de la personalidad, ni para la legítima búsqueda de una vida satisfactoria.

Además, estos lugares sufrían el acoso periódico en forma de redadas policiales durante las cuales muchos de los clientes eran acosados, maltratados y detenidos por la policía, con el respaldo que les daba alguna de las leyes vigentes en aquel momento. Este acoso de vez en cuando encontraba respuesta por parte de los clientes de estos bares y se producían reyertas, como por ejemplo en la cafetería Compton's en 1966 y en la Black Cat Tavern en 1967, en ambos casos en Los Ángeles. Pero estas contestaciones eran puntuales, localizadas, y no tenían mayor repercusión.

Sin embargo, el 28 de Junio de 1969 ocurrió algo diferente. En un bar llamado Stonewall Inn, situado en el barrio Greenwich Village de Nueva York, durante una de las habituales redadas los clientes del bar, hartos de ser acosados y maltratados de manera periódica, se rebelaron y se enfrentaron de manera violenta a la policía tal como había ocurrido en Los Ángeles en años anteriores. Pero esta vez el conflicto escaló. A lo largo de esa noche una cantidad cada vez más numerosa de personas se fueron uniendo a los que habían iniciado la revuelta consiguiendo

hacer retroceder a la policía. Los disturbios se alargaron durante varias noches y se extendieron a gran parte del barrio donde se encontraba el bar.

Este acontecimiento, según declaran los propios participantes, ocurrió de manera no organizada, nadie había planificado una revuelta, nadie se había puesto de acuerdo previamente. Fue un estallido espontáneo ante una situación de injusticia y abuso que se había mantenido durante demasiado tiempo. Pero a partir de ese momento todo cambió rápidamente. Se concretó una idea, que seguramente estaba latente desde años atrás, de que había que tomar acción para cambiar el estado de las cosas. Empezaron a organizarse grupos y asociaciones por todo Estados Unidos. Un año después de los disturbios de Stonewall en las ciudades de Nueva York y de Los Ángeles se celebraron marchas conmemorando el incidente, en las que serían las primeras marchas del orgullo que a día de hoy se siguen celebrando en ciudades de todo el mundo. Dos años después ya había asociaciones a favor de los derechos de las personas homosexuales y transexuales en todas las ciudades importantes de Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa Occidental. Los disturbios de Stonewall fueron, en definitiva, el inicio de una serie de ideas, reivindicaciones y organizaciones que hoy conocemos como movimiento LGTB.

Este movimiento nació con unas estrategias y unos objetivos muy diferentes a los del anteriormente mencionado movimiento homófilo. Si éste fue minoritario, discreto, y perseguía alcanzar pequeñas mejoras en los niveles de aceptación y tolerancia en la sociedad, principalmente mediante el debate científico e intelectual, los nuevos activistas LGTB abogaron por la visibilidad, montar asociaciones que juntaran a un gran número de personas, por la búsqueda de la igualdad legal y por la integración completa con el resto de la sociedad, utilizando como medios para alcanzar estas metas una sinergia entre la acción directa en la sociedad civil y la acción política.

La parte de acción social, de visibilidad y de integración es evidente que ha logrado grandes éxitos a lo largo de las décadas. La marcha del orgullo ha pasado de ser una manifestación de unas pocas miles de personas, celebrada en dos ciudades, a ser el evento que más personas reúne en el mundo todos los años, congregando a millones de participantes a lo largo de los cinco continentes. Y parece claro que la homofobia está en mínimos históricos, al menos en las sociedades occidentales.

Pero es en la parte de la acción política donde me quiero detener un poco más. Esta empezó combatiendo las leyes que de una manera u otra prohibían o atacaban la homosexualidad. Uno de los hitos más importantes, hasta el punto de ser considerado un segundo Stonewall, ocurrió en 1978, en California, cuando consiguieron detener la llamada Iniciativa Briggs, promovida por la asociación conservadora Save Our Children, que proponía que se despidieran a todos los empleados homosexuales de los colegios públicos. En España existió una ley, llamada de “ley de vagos y maleantes”, que en el año 54 fue modificada por el régimen franquista para ser usada para perseguir y castigar a personas LGTB, y que en el año 70 fue sustituida por otra llamada “ley sobre peligrosidad y rehabilitación social” que mantenía términos parecidos, pero endurecía las penas. Esta ley dejó de aplicarse en democracia, pero no fue derogada hasta el año 1995. Durante este período, especialmente en la década de los 70, también fue importante el activismo en contra de las prácticas psiquiátrica, por aquel entonces habituales, de utilizar

“terapias” como electroshocks, castraciones, tratamientos hormonales e incluso lobotomías, para disminuir la atracción homosexual.

Poco a poco fueron consiguiendo que tanto las leyes persecutorias como la brutalidad médica se fueran eliminando. Entonces en la década de los 90 se pasó a una segunda fase, donde lo que se buscaría sería la completa igualdad ante la ley. Esta reivindicación se centraría en el reconocimiento legal de parejas conformadas por personas del mismo sexo, inicialmente mediante la promulgación de leyes específicas que les proporcionara un mínimo estatus legal. Sin embargo en poco tiempo se pasó a pedir directamente modificaciones sobre las leyes de matrimonio civil existentes para que aceptaran las uniones homosexuales además de las heterosexuales para las que inicialmente habían sido creadas. Estas modificaciones han sido introducidas en muchos de los países occidentales a lo largo de los últimos 20 años.

Y una vez eliminada la persecución, y conseguida la igualdad ante la ley, los liberales y libertarios podríamos pensar, con buen criterio, que ya está el objetivo conseguido. Ya se puede ir cada uno a sus casas a hacer su vida y ser feliz. Pues parece que el movimiento LGTB no lo ve igual. En los últimos años hemos visto como ha entrado en una nueva fase, donde lo que se piden son leyes de discriminación positiva, subvenciones pagadas por todos, creación de organismos públicos ad hoc, leyes específicas contra las agresiones a personas LGTB, etc.

Las razones para que esto haya ocurrido son variadas, y podemos citar por ejemplo que a la gente le cuesta dejar de hacer lo que ha estado haciendo durante muchos años, y más si vive de ello. Pero vamos a centrarnos en la causa principal de este fenómeno: La comunión que se ha ido creando entre el movimiento LGTB y la izquierda.

Es cierto que han sido partidos y gobiernos de izquierdas los que, en general, antes han hecho caso de las reivindicaciones de las que hemos ido hablando. No veo nada de malo en que el movimiento utilizara a una parte del espectro político en su propio beneficio, para conseguir sus aspiraciones, si estas son justas. Igual que yo no soy conservadora, pero puedo celebrar que Margaret Thatcher liberalizara la economía británica o mantuviera a raya a los sindicatos, también celebro cada vez que se aprueba, generalmente por gobiernos de izquierdas, una ley de matrimonio homosexual. Sin embargo parece que esos lazos que hábilmente tejieron con el poder político en algún momento se convirtieron en cadenas que ya no se pueden romper, y esa conexión, que debería haber sido únicamente utilitarista, se ha acabado convirtiendo en una relación de dependencia donde ya no está claro quien está sirviendo a quien. Así se entiende la evolución actual del movimiento, no puede dejar de tener reivindicaciones, no puede dejar de tener agravios, reales o inventados, no se puede detener esta carrera ni aún después de haber llegado a la meta, pues se han convertido en una herramienta útil, en un arma arrojada, que utiliza la izquierda contra el resto de las opciones políticas.

Es triste comprobar como el mismo activismo que consiguió valientemente pasar de la clandestinidad al primer plano de la vida pública, que ha promovido cambios sociales que hace no tanto parecía impensables, en algún momento de la partida perdió la perspectiva, confundió algo que debía ser únicamente un medio, la política, con un fin en sí mismo, y permitió acabar siendo instrumentalizado a cambio de conseguir ciertos avances que deberían haber sido incondicionales.

Durante algunos años pertenecía a la asociación LGTB más importante de España, y pude comprobar de primera mano estas contradicciones. Al mismo tiempo que se realizaban acciones importantes, como acompañar a personas que tenían dificultades para que su entorno, o ellos mismos, aceptaran su orientación sexual o identidad de género, o armar un ideario para defender el matrimonio homosexual, también era un caldo de cultivo de ideas colectivistas. Era habitual escuchar expresiones como “la homofobia es fruto del capitalismo”, que aunque sean ideas que no resistan un mínimo análisis crítico, nadie se atrevía a contestar. Se mezclaban con total naturalidad reivindicaciones clásicas del colectivo, con ideas socialistas, como si tuvieran que ir inevitablemente unidas. También en aquel entonces se empezaba a hablar de las leyes LGTB de discriminación positiva, como si fuera obvio que esa era la dirección por la que había que seguir, sin que nadie se parara a reflexionar, al menos en voz alta, que pasar de pedir derechos negativos a pedir derechos positivos no solo es una evolución natural, sino que supone dar un giro de 180º, pasar de las reivindicaciones legítimas a las que no lo son. Y si te atreías a sugerir, aunque fuera tímidamente, que no es lo mismo reivindicar que te dejen hacer tu vida en paz, a pedir que se te tenga que ayudar obligatoriamente mediante recursos extraídos de terceros, te miraban como si se te hubiera ido la cabeza.

Otra situación curiosa que pude observar en aquellos años es que el partido político UPyD, el primero no de izquierdas y con representación parlamentaria que procuró un acercamiento al movimiento, en muchas personas despertaba una animadversión más fuerte y más visceral de la que provocaba el Partido Popular, que era quién había interpuesto el recurso de inconstitucionalidad sobre la ley de matrimonio. Quizá porque podía empezar a poner en peligro la venta de ideas de izquierdas unidas a las de libertad sexual. Al final el resultado de este ambiente era que, aquel que se acercaba a la asociación, en muchos casos, como he dicho gente con problemas, si en el paquete que se les vendía venía incluida una determinada ideología pues adoptaban esa ideología, a fin de integrarse en un entorno donde habían encontrado aceptación, compañerismo y donde se les ofrecía orientación para enfrentar sus problemas. De esta manera la asociación, aunque no fuera su labor explícita, se convertía también en una factoría de izquierdistas. Y los que éramos críticos con esa situación, y no estábamos de acuerdo con determinadas ideas políticas, sociales o económicas que por allí bullían, y que no tenían mucho que ver con la defensa de las personas LGTB, no nos quedaba mucha más opción que la de, paradójicamente, meternos en un armario, uno ideológico.

Así hemos llegado al momento actual, donde nos encontramos con situaciones tan surrealistas como que partidos que no son de izquierdas quieren participar de la marcha del orgullo, y en lugar de celebrarse esto como una victoria casi definitiva, en lugar de darles la bienvenida, se les prohíbe su asistencia. Vivimos un momento social de apertura y de mucha aceptación, y sin embargo el movimiento LGTB cada vez produce más antipatía en una parte de la población, no ya a las personas homófobas, sino a ciudadanos perfectamente razonables que no comprenden los comportamientos sectarios por parte de unas asociaciones que hoy en día se mantienen gracias a subvenciones que pagamos todos.

Y estando así las cosas, ¿qué podemos hacer? Yo creo que los liberales y libertarios tenemos mucho que decir. Incluso puede que sea una oportunidad para vender nuestras ideas. Mediante el respeto radical a las opciones de vida de los demás, y la defensa de las relaciones sociales basadas en el consentimiento, somos los que proponemos el marco de convivencia más

razonable para que dos personas con estilos de vida completamente opuestos puedan ser vecinos sin sentirse agredidos el uno por el otro. Somos los únicos que nos oponemos, de manera frontal a cualquier tipo de planificación social estatal, sea esta progresista o conservadora, y que siempre va a dejar beneficiados y perjudicados.

Es urgente confrontar al actual movimiento LGTB y obligarles a, como mínimo, ser intelectualmente honestos, y que reconozcan que se puede estar en contra de las leyes que han promovido en los últimos años, en contra de sus subvenciones y en contra de su simbiosis con los partidos de izquierdas y, sin embargo, no tener ni una pizca de homófobos. Y de nuevo creo que somos los mejor preparados para esta tarea, por nuestra continua y radical distinción entre derechos negativos y positivos, y nuestra capacidad para explicar la diferencia entre ambos.

Me gustaría terminar comentando que, una vez que se hubo ratificado la ley de matrimonio por parte del tribunal constitucional, en las asociaciones LGTB se empezó a hablar de que el objetivo entonces pasaba a ser lo que se llamaba “conseguir la igualdad real”. Por “igualdad real” se entendía la total y final aceptación por parte de la sociedad de la diversidad sexual y de género, de manera que estas características de una persona no tuvieran absolutamente ninguna relevancia en sus interacciones sociales. Por su puesto para conseguir ese objetivo sería necesario, entre otras cosas, el empuje de la ingeniería social promovida desde el estado que mueva a la sociedad en una determinada dirección y que muy poco a poco, y al cabo de mucho tiempo, acabe desembocando en esa tan ansiada igualdad. Tengo serias dudas de que las estrategias que están adoptando sean las mejores para conseguir el objetivo. Me parece complicado que mediante la imposición a la sociedad, que mediante las políticas identitarias, donde de cada pequeña diferencia se hace un mundo, y mediante un ambiente que lleva a las personas a convertir una característica más de su personalidad en el centro de su vida, vayan a conseguir unos niveles de normalización mayores a los actuales. En cambio yo sí puedo decir que esa normalidad absoluta que anhelan, yo ya la he vivido. La he vivido en el entorno liberal/libertario. Me relaciono a diario con personas para las que, real y honestamente, las opciones sexuales, afectivas y de género tienen tanta importancia como la marca de ropa que uno prefiera. Y a lo mejor esto es algo que podemos poner en valor. Igual podemos y debemos presumir de ello. Que lo que ellos aspiran a conseguir en décadas nosotros ya lo tenemos, y sin necesidad de imponer nada a nadie.

Intervención de apertura de Gloria Rodríguez en la jornada “50 años de Stonewall”, que tuvo lugar el domingo 23 de junio de 2019 en el Campus de Madrid de la Universidad Francisco Marroquín. Jornada organizada por la Fundación para el Avance de la Libertad, el Instituto Juan de Mariana y la Universidad Francisco Marroquín en Madrid.